la cocina, subió los peldaños de una desvencijada escalera y entró en el cuarto número 1º, cuya puerta se encontraba en un pasillo frente de la escalera.

—Es una bonita habitacion—exclamó Richard.—Tiene una ventana que dá sobre la plaza, fuente á la alcaldía. ¡Oh! ¡los dias de feria!

El cuarto número 1º. aunque era el mejor de la casa, no tenia nada de elegante ni de cómodo.

Un papel grís con flores azules, que valdria á cincuenta céntimos el rollo, cubria las paredes.

El decorada artístico se reducia á cuatro litografías iluminadas representando las escenas mas culminantes del conocido melodrama, *Treinta años, ó la vida de un jugador*, con unos marcos ordinarios que encerraban la estampa.

Sobre una chimenea de madera pintada imitando mármol, se veía un relój de zinc parado, entre dos jarrones de porcelana pintarrajeados de colorines.

Completaban el mobiliario cuatro sillas de de paja, una mesa de pino, una cómoda de nogal que se abria con dificultad, y se cerraba con mayor dificultad todavia, y una cama de madera con unas cortinas de indiana amarilla adornadas de una greca en derredor.

Conviene añadir que el lecho tenia un jergon

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

de paja y dos colchones de lana que parecian dos obleas.

El desconocido echó sobre estos objetos una mirada indiferente, quizá por hallarse profundamente preocupado, quizá tambien porque le preocupasen poco las cosas de la tierra, y dijo:

—Está bien: me conviene.

L

—El señor podrá comer en el salon particular destinado al efecto—comenzó diciendo el posadero.

—Me es igual—contestó el jóven.

—Comerá solo porque en este momento no hay huéspedes, á no ser que desee hacerlo en una mesa del café.... Allí estará mejor.... Oiría las conversaciones de los concurrentes y podria hacerse la ilusion de que estaba en un *restaurant* de Paris.

—Servidme la comida donde querais.

—¿A qué hora?

—Cuando esté.

—Dentro de una media hora.... ¿Os parece bien?

—Perfectamente.

El posadero se retiró encantado de su huésped, quien á todo se acomodaba, y cuya estancia en *El caballo blanco* esperaba que fuese de larga duracion.

Cuando el forastero se halló solo, se acercó á la ventana y la abrió.

Estaba anocheciendo; algunas estrellas comenzaban á brillar sobre el azul sombrío del cielo.

La posada estaba situada en el punto mas elevado del pueblo. Detrás de los tejados de las casas se distinguian grandes y espesas arboledas que, merced á la oscuridad del crepúsculo, parecian negras como el ébano.

—Eso será sin duda alguna el parque—murmuró.—Por ahí estará el castillo de la Tour du Roy.... ¡Y *Ella!*.... Entre *ella* y yo no hay mas que un espacio fácil de salvar.... Mañana mismo tal vez *la* veré.... Esta idea ensancha mi corazon.

Digámoslo de una vez: nuestro desconocido es Marcelo Laugier en persona, teniente de húsares, héroe de la aventura con que dá comienzo esta novela.

Al abandonar á Orleans, Marcelo llevaba un recuerdo que no se borra fácilmente de la memoria.

Una mujer hermosa y dueña de una inmensa fortuna.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

La aventura no era para desperdiciarla.

De dia y de noche la imágen de la marquesa le perseguia por todas partes, le acosaba, no le abandonaba un momento.

Dominado por una especie de delirio, se abandonó sin resistencia á una idea fija que le conducia á la locura.

Pensó formalmente en abandonar su carrera para acercarse á la marquesa de la Rour du Roy.

Su vida era *ella*.

¿A qué vivir si ella no le pertenecia?

La marquesa era viuda y libre; podia, pues, amarle.

Pero era marquesa, y su posicion establecia un abismo entra la aristocrática dama y el oscuro oficial de húsares.

Sin embargo.

El abismo sabia salvarlo la viuda del señor de la Tour du Roy.

Estas cuestiones, estos pensamientos bullían sin cesar en el cerebro exaltado de Marcelo.

Y Marcelo se consumia de tristeza en su guarnicion de Vesoul.

A medida que pasaba el tiempo, su cabeza iba extraviándose cada vez mas, y su carácter, de antiguo franco y jovial, se convirtió en ágrio, intolerante, agresivo.

Sus compañeros, que le querian con extre-